

poderes de la sociedad; pero ninguno tampoco mas incapaz de corresponder á lo que exigian de él las circunstancias, una transaccion, ni de procurar lo que necesitaba la Iglesia, una larga época de paz. A este hombre de tal temperamento se dirigió Gregorio XII pidiéndole que abdicara; y obtuvo por respuesta la misma recíproca petición. Imposible, pues, no ya toda concordia duradera, sino tambien todo transitorio armisticio. Entre los dos Papas no cabia ningun género de transaccion. Cada uno de ellos, ora por interés como Gregorio XII y sus sobrinos, ora por pasion como Benedicto XIII y sus cardenales, preferian el cisma mutuamente al triunfo de su respectivo competidor. Caida, en una de esas crisis frecuentes, la ciudad de Roma bajo el poder del rey de Nápoles, alegráronse igualmente los dos Pontífices en lucha; Gregorio XII, porque se libertaba de la presion de los romanos empeñados en acabar con el cisma, y Benito XIII, porque se proponia, ayudado de naves genovesas, entrar en Italia y conquistar á Roma. Ambos se echaban en rostro la duracion del cisma; y ambos la prolongaban inconsideradamente con sus querellas, con sus bulas, con sus porfías, con sus guerras.

El escándalo llegó tan léjos que hasta los mismos partidarios de los Papas se desavenian de ellos y les negaban obediencia. Por enero de 1408 el rey de Francia dió un edicto, prohibiendo el reconocimiento de ninguno de los Pontífices en lucha, hasta tanto que se cerrase la boca del cisma y se devolviese su antigua paz y su tradicional unidad á la Iglesia. Seguidamente la Universidad de Paris declaró la deposicion de Benedicto. Este, apartado de Roma y de Avignon al mismo tiempo, sin corte y sin ejército, huésped mas que soberano en la monarquía aragonesa, desposeido y desamparado de todo colegio cardenalicio, recluso en alto castillo de Peñíscola á la orilla del mar en solitarias playas, sin nacion alguna que le reconociese, sin fieles que le acatasen, rey de innominada soberanía, Papa excomulgado, fulminaba sus rayos despuntados y sus anatemas ineficaces, como si hubiera estado en el cielo y hubiera tenido á sus piés el Universo. En tal apuro no podia haber otro medio de salud que la convocacion de un concilio. Así como el rey de Francia y los cardenales franceses habian abandonado al Papa de Avignon; el rey de Nápoles y los cardenales italianos habian abandonado tambien al Papa de Roma. El primero en dejar el retiro donde estaba encerrado Gregorio XII,



Gregorio XII

de la sociedad; pero ninguno tampoco mas incapaz de corresponder a lo que exigian de él las circunstancias, una transacción, ni de procurar lo que necesitaba la Iglesia, una larga época de paz. A este hombre de tal temperamento se dirigió Gregorio XII pidiéndole que abdicara; y obtuvo por respuesta la misma recíproca petición. Imposible, pues, era ya toda concordia duradera, sino tambien todo transitorio armisticio. Entre los dos Papas no cabia ningun género de transacción. Cada uno de ellos, con igual interés como Gregorio XII y sus sobrinos, o por pasión como Benedicto XIII y sus cardenales, preferian el cisma mutuamente al triunfo de su respectivo competidor. Caida, en una de esas crisis frecuentes, la ciudad de Roma bajo el poder del rey de Nápoles, alegráronse igualmente los dos Pontífices en lucha; Gregorio XII, porque se libertaba de la presión de los romanos empeñados en acabar con el cisma, y Beato XIII, porque se proponia, ayudado de naves genovesas, entrar en Italia y conquistar a Roma. Ambos se echaban en rostro la duración del cisma, y ambos la prolongaban inconsideradamente con sus querellas, con sus bulas, con sus porfías, con sus guerras.

El escándalo llegó tan lejos que hasta los mismos partidarios de los Papas se desavenian de ellos y les negaban obediencia. Por enero de 1408 el rey de Francia dió un edicto, prohibiendo el reconocimiento de ninguno de los Pontífices en lucha, hasta tanto que se cerrase la boca del cisma y se devolviese su antigua paz y su tradicional unidad a la Iglesia. Seguidamente la Universidad de Paris declaró la deposición de Benedicto. Este, apartado de Roma y de Avignon al mismo tiempo, sin corte y sin ejército, fué preso mas que soberano en la monarquía aragonesa, desposeido y deramparado de todo colegio cardenalicio, recluido en alto castillo de Peñíscola a la orilla del mar en solitarias playas, sin que aya alguna que le reconociese, sin fieles que le obedeciesen, rey de unominada soberanía, Papa excomulgado, fulminaba sus rayos de anatemas y sus anatemas eficaces, como si hubiera estado en el cielo sostenido a sus piés el Universo. En tal apuro no podia haber otro remedio que la convocacion de un concilio. Así como el rey de Francia y los franceses habian abandonado al Papa de Avignon; el rey de Aragón y los cardenales italianos habian abandonado tambien al Papa de Peñíscola. Así se dejó el retiro donde estaba encerrado Gregorio XII.



*Gregorio XII*

fué el cardenal decano; y luego le siguieron muchos mas. Todos de comun acuerdo proclamaron la necesidad de un concilio. Y en efecto, el concilio se convocó en Pisa, el 25 de marzo de 1409, fecha que debe conservarse en el corazon y en la memoria, por su trascendencia incalculable á muchos siglos y á muchas generaciones. Gregorio XII, el viejo decrépto que solo vivia por la ambicion y para el nepotismo, estuvo á punto de perder el seso, al saber como sus propios cardenales se habian constituido en autoridad, mal de su grado, y á sus espaldas. Corrió desde Lucca, donde se encontraba, á Roma; pero en este camino, si contaba con la amistad de Cárlos Malatesta, señor de las Marcas, no contaba con la amistad de Baltasar Cossa, especie de arzobispo feudal de la ciudad de Bolonia. Este inquieto prelado, en aquella universal anarquía, pugnaba por la tiara; y en su desasosiego oponia toda suerte de obstáculos al Papa y prestaba toda suerte de facilidades al concilio. El 25 de marzo de 1409, se reunió en Pisa. La triste ciudad gibelina, en cuyas calles crece la yerba de los campos; la triste ciudad, por cuyos horizontes se pasea la sombra del conde Ugolino, acompañado de los esqueletos de sus propios hijos, cuyas carnes acaba de devorar en su horrible hambre; la triste ciudad en cuyo espacio el monumento mas hermoso es un tristísimo cementerio; atormentada por Florencia, su eterna enemiga; vendida vilmente por el Dux de Venecia como objeto de lucro y granjería; vió su dolor interrumpido, sus plazas pobladas, sus monumentos animados por los arzobispos, obispos, clérigos, doctores, jurisconsultos que se congregaban allí á una convocatoria de los cardenales; que, en su angustia, no habian contado para nada con el Pontífice y habian dicho que allí donde estuvieran ellos estaba tambien la autoridad de la Iglesia. Cuéntase que el dia en que el pueblo parisien tomó la Bastilla, preguntaba Luis XVI si aquello era un motin; y le respondió uno de sus cortesanos que no, que aquello era una revolucion. Pues lo mismo pasaba en este momento supremo de la historia universal: la asamblea eclesiástica de Pisa no era, no, un concilio ecuménico; era una revolucion religiosa.

Esta reivindicacion de la personal autoridad pontificia por un concilio equivalia en el fondo á las mayores invasiones democráticas, que en el seno de las antiguas formas de la sociedad registra la historia moderna. Así, el primer acto del concilio fué, como pudiera ser el acto primero de la mayor